

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

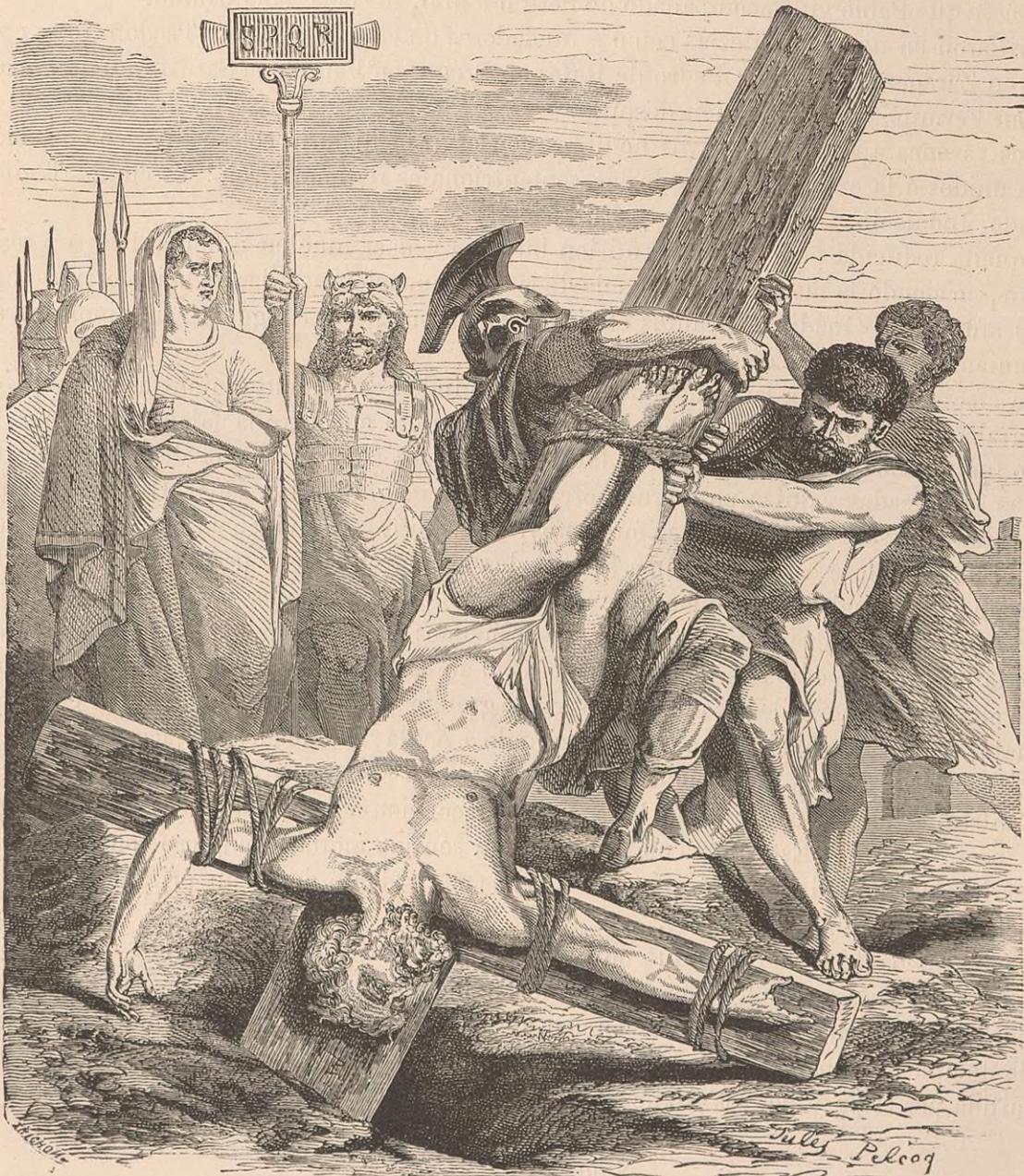
calle de Robador, núm 24 y 26.

1876.

Cuaderno 17.



No se conservan datos fijos respecto á los puntos visitados por Pablo; pero dice nuestro reputado historiador Lafuente: «Entre las iglesias que por tradicion le reconocen como su fundador, podemos consignar la de Tarragona, que enseña todavía con veneracion la piedra sobre que solia ponerse para predicar, á fin de superar de este modo el defecto de su escasa estatura.



CRUCIFIXION DE SAN PEDRO.

«Los menologios griegos conservan la memoria de las santas Xantipa y Polixena, convertidas por él en España. Xantipa, mujer de Probo, prefecto español, se convirtió á la fe por la predicacion de Pablo, en lo que le imitó su hermana Polixena, y ambas, despues de varias vicisitudes, padecieron martirio.»

El mismo sensato historiador cita las palabras de Caetano Cenni, en su libro *De antiquit. Eccles. hisp.* «Nadie se atreve hoy á negar que Pablo fuera á España.» *In hispanias profectum esse hodie negare ausit nemo.*

La region llamada por los romanos *España tarraconense* fue la visitada personalmente por

el Apóstol, quien encontró la viña plantada por Santiago, mártir ya por el Señor, y cultivada por los discípulos de aquel varon ilustre. Probablemente Pablo y Santiago se limitaron á plantar por sus propias manos las iglesias de la España septentrional, enviando á sus discípulos á las regiones mas apartadas. Santiago se internó mas, sin duda, llegando tal vez hasta Galicia. De todos modos resulta que Tarragona conserva monumentos que son huella reconocida de las plantas de Pablo, y Zaragoza otras indudables de las de Santiago.

Créese que Pablo vino acompañado de Sergio Paulo, su cooperador asíduo.

Brillaron en nuestras iglesias como á fundadores de ellas Atanasio y Teodoro, que episcoparon en Zaragoza y Galicia; Pedro de Rates en Brega; en Pamplona Saturnino, que se atrajo al jóven Fermin, obispo tambien despues.

Los varones apostólicos, cuyos nombres conserva la historia eclesiástica como gloriosamente unidos á la evangelizacion de las septentrionales regiones, son: Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Esicio y Eufrasio.

Aquella reducida pero intrépida mision hubo de vencer muchas dificultades para realizar su plan, no siendo la menor la resistencia de las preocupaciones, hijas de la idolatría reinante. En las afueras de Guadix los santos enviados corrieron grave riesgo de ser inmolados antes del comienzo de su predicacion.

En efecto, llegaron á las inmediaciones de la ciudad cabalmente mientras sus pobladores consagraban un sacrificio á los ídolos. La muchedumbre encontró la falanje apostólica, que pronto fue reconocida como estraña á la gentilidad por su abstinencia de la comida de las viandas sacrificadas y quizá por alguna otra no menos significativa señal. Las turbas enfurecidas echáronse sobre los pacientes forasteros; mas quiso la Providencia que al pasar por un puente, hundiéndose este quedaran á salvo todos los perseguidos y perecieran muchos de los perseguidores. Aquel hecho lamentable dió pié á los evangelizantes para dirigir la palabra al pueblo, cambiar de repente sus temibles disposiciones y obtener generosa hospitalidad. Luparia, la mas ilustre dama de Guadix, les ofreció su casa, donde se erigió un baptisterio, entrando ella y la mayoría de los ciudadanos en el gremio de la Iglesia. Quedóse para gobernarla Torcuato, marchando Tesifonte á Verja, Segundo á Ávila, Indalecio á Mujacar, Cecilio á Granada, Esicio á Carteya, Eufrasio á Andújar.

Confesamos con gusto que en España la persecucion á los cristianos no se ensangrentó como en otros puntos. Esta tierra clásica del buen sentido moral y religioso comprendió luego la superioridad del Cristianismo respecto á las sectas; adoptó desde un principio la Religion del cielo como la religion del país.

No queremos decir con esto que no hubiera aquí mártires; los hubo sin duda; milagro sobre todos los milagros fuera que no los hubiese habido. Pero fueron pocos relativamente.

Sin embargo, parece que la persecucion neroniana hizo aquí sus víctimas, segun se desprende de una inscripcion encontrada en la Lusitania, citada por varios autores y anticuarios y admitida por Sepp y por los Riancey, en esta forma:

NERONI · CE · CAES ·  
 AUG · PONT · MAX ·  
 OB · PROVINC · LATRONIB ·  
 ET · HIS · QUI · NOVAM ·  
 GENERI · HUM · SUPER  
 STITION · INCULCAB ·  
 PURGATUM.

Que puesta en claro dice: *Á Neron César Augusto, soberano pontífice, por haber purgado la provincia de ladrones y de aquellos que pretendian inculcar al género humano una superstición nueva.*

¡Miserable ilusion de los aduladores del César! ¡creian, ó fingian creer que estaba extinguida la raza de los que habian de heredar la tierra, solo porque consiguieron sacrificar á algunos de sus adictos!

Pablo voló á Roma ansioso del estado de aquella cristiandad; impertérrito ante el peligro, brillaba siempre en lo mas fragoso del combate. Habia allí muchas cenizas sobre las que llorar, muchos pusilánimes que alentar, muchos afligidos que consolar. Pedro estaba ya, como asídúo padre de la familia de CRISTO, y su sombra alegraba á los hijos del Señor.

No habia terminado la persecucion. Regian en todo su vigor los decretos del César. Doquier se descubria un sospechoso de Cristianismo la policia romana, ganosa de recompensa, echaba mano firme. Pedro y Pablo no tardaron en caer en la red tendida por los adversarios de la Cruz, contra sus dos mas decididos campeones.

Los dos príncipes de la cristiandad, conducidos á la cárcel Mamertina, esperaron resignados la órden del martirio.

Terrible es la cárcel Mamertina, que se levanta al pié del monte Capitolino, como eterno recuerdo del rigor romano. Formadas están sus paredes de enormes pedruscos volcánicos, juntados sin cemento, como muros ciclópeos. Subiase á ella desde el Foro por aquellas famosas Gemonias, escalera dolorosa construida al exterior en doble tramo, así llamada á causa de los gemidos de los que la trepaban, y porque desde su altura eran espuestos á la risa inhumana del pueblo los cadáveres de los que en ella morian. Su interior dejaba leer una inscripcion que decia deberse su reconstruccion á los cónsules Cacceius Nerva y Vibius Rufinus en el reinado de Tiberio. Dos pisos contenia, el alto edificado por el rey Ancus Martius, formaba una sala cuadrangular, cubierta por una bóveda cónica, con solo una apertura de luz y respiracion abierta sobre la sombría puerta; el bajo ó subterráneo, conocido por el *robur* ó prision Tulia, porque mandó construirla el otro rey Servius Tullius. Era el *robur* una pieza semicircular de veinte y tres piés de diámetro y doce de elevacion, sin ninguna puerta, ni ventana, comunicándose con el resto del edificio por un agujero abierto en el techo, que era pavimento de la sala superior, apenas capaz para dar paso á un cuerpo de hombre. Pedro y Pablo fueron descendidos á aquel subterráneo oscuro y húmedo, donde tantos criminales y desgraciados habian sufrido en la desesperacion las consecuencias de sus faltas unos y de su infortunio otros. ¡Quién podia presumir que aquellos modestos detenidos glorificarian para siempre y harian ilustre aquella cárcel! Muchas notabilidades políticas habian bajado á aquel lugar de angustia mortal, ninguno le dió renombre semejante al que la imprimieron los dos heróicos confesores.

Las sábias y piadosas instrucciones de Pedro convirtieron á sus dos carceleros Processus y Martiniano, lo que favoreció extraordinariamente la comunicacion de los fieles libres aun con los Apóstoles ya cautivos.

No cesaron las relaciones íntimas entre los caudillos y los súbditos de la cristiandad romana, cuyo fervor acrecentaban las persecuciones de sus padres en la fe. Enterábase Pedro desde su reclusion de las vicisitudes de la Iglesia universal, conocia por adictos mensajeros el valor de las iglesias particulares, enterábase del nombre de los mas firmes adalides de la buena causa y de los que iban precediéndole en el camino de la inmolation.

Mientras tanto Neron regresaba de la Grecia, y Roma se humillaba rindiéndose contra su conciencia y contra su dignidad á la sombra del carro triunfal de un Emperador que regresaba cargado con laureles conquistados en luchas de ligereza sostenidas con cocheros y en combates de cantos, en los que tuvo por rivales artistas á los que no se ocultaba que vencer al caprichoso soberano equivalia á merecer un título de decapitacion.

Pudo saber Pedro desde la cárcel que las terribles profecias sobre el pueblo judío se iban cumpliendo, porque la derrota de Cestius Gallus, desastrosa para las legiones romanas, provocaba un supremo esfuerzo de parte del César para sujetar y destruir la ciudad de Jerusalem. Vespasiano organizaba un ejército invencible para castigar á la infiel ciudad de los pro-

fetas. Humanamente hablando no habia esperanza para Sion; Pedro sabia que divinamente tampoco obtendria remedio.

Supieron, sin duda, Pedro y Pablo desde su calabozo que los cristianos huian de Jerusalem como Loth huyó de Sodoma, porque el Señor que destruyó á esta iba á destruir aquella en castigo de sus concupiscencias. Acercábase á mas correr «la abominacion de la desolacion» predicha por Daniel. Entonces fue cuando Simon, pariente del Señor, obispo de aquella ciudad, sucesor del mártir Santiago, escitó á los fieles exhortándoles á cumplir el profético mandato contenido en estas palabras del Evangelio. «En su consecuencia los que estaban en los campos no regresaron para recoger su túnica; el que se hallaba en el techo no penetró para recoger objeto alguno en el interior de la casa; los que se encontraban en Jerusalem se salieron de ella; los que estaban en Judea huyeron á las montañas.» Fue entonces que tuvo lugar la célebre retirada de los cristianos á Pella, de la que hemos hablado en otro capítulo. En aquella villa, situada á las orillas del Jordan, los fieles á Jesús se preparaban á presenciar la punicion del horrendo deicidio, en medio de una muchedumbre de judíos desengañados sobre el cumplimiento de vagas esperanzas. Aquella retirada silenciosa selló perpétuamente la separacion de la Iglesia y de la Sinagoga; y como hace observar admirablemente Mr. de Champigny: «Así como en otra ocasion el Profeta, rompiendo la vara que tenia en la mano, cortó el lazo de la fraternidad entre Israel y Judá (1), así quedó roto en esta el vínculo entre Israel bautizado é Israel incrédulo, entre la Iglesia, sinagoga verdadera, y la Sinagoga, infiel á Moisés.»

¡Qué abrazo tan estrecho darianse Pedro y Pablo, en aquel vestibulo de la muerte, al saber los grandes acontecimientos que se preparaban! ¡Ellos, los representantes de CRISTO, saludando la aurora del Cristianismo, que asomaba por sobre las cúspides del Capitolio, por entre las ruinas del pueblo que asumió obcecado la responsabilidad de la sangre del gran Justo! ¡Afligiales sin duda el triste destino señalado por Dios á su patria; consolábales no obstante el que su Redentor iba á ser glorificado con la destruccion de la ciudad y de las instituciones que se jactaron de haber inmolado una víctima inmaculada!

Pedro escribió probablemente desde la cárcel Mamertina su segunda carta. En breves palabras, quizá la zozobra con que la escribió no le permitirian mas prolijas consideraciones, da á los fieles magistrales advertencias. Anunciales su muerte próxima, y lega á todos como un testamento de verdad y de amor mientras se encuentra aun en la cárcel del cuerpo la seguridad de una perpétua proteccion. «Estando cierto, dice, de que presto saldré de él, segun que me lo ha ya significado Nuestro Señor JESUCRISTO. Mas yo cuidaré de que aun despues de mi muerte, podais con frecuencia hacer memoria de estas cosas (2).»

Y para que no quedara ninguna duda racional sobre el espíritu de union del apostolado, consagró á la apología de los escritos de Pablo un párrafo, que es por sí mismo un argumento contundente contra los sostenedores del dualismo primitivo y una apología completísima del celo y de la ciencia de su estimado colega; «...segun que tambien nuestro carísimo hermano Pablo os escribió, conforme á la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas... (3).»

No faltaba á los impertérritos confesores sino recibir la corona debida á sus inconmensurables fatigas y rudas campañas.

Pedro y Pablo, despues de una cautividad de nueve meses, segun algunos, fueron condenados á muerte en un mismo dia, como afirma la tradicion, quizá en un mismo decreto ú orden. Créese que aconteció aquel suceso triste y alegre á la vez el 29 de junio del 67. Aunque no faltan quienes pretenden que fue el 66, y aun otros que lo retrotraen á los dias de la primera persecucion ó del primer esceso de furor anticristiano por Neron. No es esto presumible. La ejecucion de los caudillos de la llamada *secta aborrecida* hubiera motivado algun detall, en

(1) *Et præcidi virgam meam secundam, quo appellabatur funiculus, ut dissolverem germanitatem inter Judam et Israel: ZACHER.*

(2) San Pedro, epíst. II.

(3) San Pedro, epíst. II.

aquellas escenas sangrientas. El *artista* Neron no desaprovechara un tema tan á propósito de lucimiento que los analistas recogieran en sus crónicas.

Conducidos ambos fuera la puerta de Ostia, recibieron los azotes de reglamento, en el lugar llamado de las aguas salvianas. Despedidos luego fraternalmente recibieron penoso martirio: Pedro, crucificado cabeza abajo, conforme sus propios deseos, considerándose indigno de morir como el Redentor; Pablo, habiendo alegado el título de ciudadano romano, fue decapitado.

Tampoco se hallan de acuerdo los críticos y los escritores acerca el lugar del suplicio, en particular del de Pedro, que unos pretenden recibió la crucifixion al borde de un pantano cercano al Tiber y al camino de Ostia, y otros que la recibió en el barrio de los judíos, mas allá del Tiber, no léjos de los jardines del Vaticano, teatro de la hecatombe primera, enviando su precioso espíritu á Dios desde la altura del Janícula á la vista de Roma entera y de todo el Latium.

Ningun aparato se desplegó para aquellas ejecuciones al parecer tan insignificantes. Solo un puñado de cristianos, concedores del atropello y del valor de los atropellados, lloraron en la oscuridad la pérdida para el mundo de los dos grandes evangelizadores. El público romano no se apercibió. ¿Quién podía creer que el crucificado en *Montorio* legaba á su sucesor el centro del imperio y del universo de las conciencias? Y sin embargo, los despojos mortales de aquellos dos ajusticiados, son, en expresion de Rohrbacher «trofeos, despojos de que Roma cristiana se enorgullece siempre con mayor razon de la que Roma pagana se gloriaba de los despojos y trofeos del mundo vencido.»

Pocos siglos despues Juan el Crisóstomo pudo escribir con exactitud: «Aquellos que durante la vida fueron traídos y llevados de aquí allí con violencia, insultados, aprisionados, colmados de ultrajes, despues de la muerte son mas honrados que los mismos reyes; ¿quereis convenceros de ello? Ved en la real ciudad de Roma la multitud precipitarse sobre el sepulcro de un pescador y de un constructor de tiendas, no fijando apenas la atencion en el resto de sus grandezas, esto es, en los mausoleos de los emperadores, de los cónsules, de los grandes caudillos (1).»

El celo de los cristianos se esmeró para honrar los gloriosos cuerpos de los Apóstoles y para conservar los trofeos de sus martirios.

Balbina, hija del tribuno Chirinus, recogió las cadenas que sujetaron las manos de Pedro; Platilla *robó* santamente á los soldados el pañuelo que sirvió para vendar los ojos de Pablo en el momento de la decapitacion. Basilisa y Anastasia intentaron recoger los sagrados cuerpos, empero sorprendidas en el entusiasmo de su adhesion pagaron con la vida el generoso arranque de su piedad. Sin embargo, consiguíose al fin sepultar á Pedro en un subterráneo del jardin Vaticano y á Pablo al borde del camino de Ostia.

Por aquellos dias perecieron igualmente por la fe, pues bien merecida tenian la corona del martirio, Práxedes y Pudenciana, dignas hijas del senador Cornelius Pudens. Heróico valor desplegaron aquellas ilustres romanas para favorecer á los cristianos en sus combates y honrarles despues de su martirio. Todavía se conservan en Roma los pozos donde sepultaban los restos de los mártires aquellas dos heroínas. Su casa, construida en frente del monte Esquilino, era el alojamiento de Pedro y fue la morada habitual de los papas hasta que Constantino dió al papa Silvestre el palacio de Letran. En ella celebraron los Apóstoles los oficios divinos y los cónclaves religiosos, deliberaban sobre los graves asuntos de la cristiandad y disponian lo mas conveniente para aminorar las crecientes dificultades que surgian á la propagacion del Evangelio. En la bendita casa de aquellas dos jóvenes mártires escribió Pedro su carta primera, que es tambien la primera Encíclica expedida por el papado; sin duda dictaria en ella el Evangelio á Marcos.

(1) San Juan Crisóst., homil. xxvi.

Pedro encontró en la casa del senador Pudens la protección, el cariño, los recursos, la piedad que JESUCRISTO gozó en la casa de Lázaro.

Entre los que derramaron la sangre por la fe en el período del martirio de los Apóstoles debemos mencionar dos oficiales del palacio de Neron, llamados Torpes y Evellius. Al saber Neron las convicciones cristianas de Torpes, bautizado por Antonius, uno de los discípulos de Pedro, intimóle por medio de un tal Satellicus la orden de consagrar un sacrificio á los dioses del imperio, mas él resistió la apostasía con inmutable serenidad. En consecuencia fue cruelmente azotado; mas el espectáculo de su heroísmo conmovió á Evellius, quien proclamó en alta voz el *credó* apostólico, valiéndole aquel rasgo el ser inmediatamente decapitado.

Surgian, pues, confesores á medida que se multiplicaban los mártires.

Vitalis y Valeria con sus hijos Gervasio y Protasio morian gloriosamente en Milan; Paulino en Luca; Apolinario en Ravena; en Aquila Hermagoras, su primer obispo, y Fortunato.

Tanta sangre derramada vino á reunirse como impetuoso torrente que arrastró los altares y los templos idolátricos, rociando la tierra y fecundizando las semillas en ella sembradas. Al contemplar el número de los cristianos sacrificados, Neron en un arranque de altivez exclamó: «¡Ya no hay cristianos! mi espada los ha extinguido; su Dios no los ha salvado; ¡yo soy mas fuerte que ellos!» Insensatez, orgullo alimentado por la ceguera del mas repugnante amor propio.

El humo de la sangre derramada formaba sobre el imperio densos vapores, que debian producir luego una tempestad mortal para él. Los cristianos sufrieron; empero el Cristianismo vió prodigiosamente acelerada su constitucion como institucion social única y necesaria.

Mas los crímenes de Neron acababan de llenar la medida que Dios habia resuelto tolerar. Las olas de sus concupiscencias encontraron la orilla de la expiacion divina. Hasta entonces vióse la omnipotencia del atropello, desde entonces vislumbróse la inmensidad del castigo.

## XXIX.

### La persecucion del Cristianismo y la libertad de cultos en Roma.

Al acontecer las terribles escenas que acabamos de reseñar existia en Roma la mas perfecta libertad de cultos. Las religiones extranjeras eran respetadas en sus doctrinas y en sus ceremonias por la ley y por la policia de los romanos. Los cautivos tenian el derecho de llevarse las representaciones de sus respectivas divinidades. El Capitolio vino á ser una especie de congreso de dioses procedentes de todas la partes conocidas del mundo.

Convencióse la capital del universo de la imposibilidad de conservar en su primitivo rigor el exclusivismo sancionado por el antiguo derecho Papiniano. Así es que mucho antes de la venida del imperio habian venido á Roma los cultos de Isis, de Serapis, de Osiris, de la gran Madre de los dioses. Jehová tenia en aquella ciudad sus sinagogas.

Si por circunstancias especiales el poder ejecutivo atentaba contra algun culto particular, la opinion pública apresurábase á llamarle de la proscripcion. Así en el año 139 antes de nuestra era fue proscrito el culto de Zeus Sabazius y sus sacerdotes arrojados de Roma; mas no tardaron en volver sacerdotes y altares. Cuarenta años antes de JESUCRISTO el Senado decretó la abolicion del culto de Isis y Serapis, mas no se encontró ni un obrero que se atreviera á dar el primer hachazo contra el templo de aquellas divinidades. Fue preciso que se resolviera á asustillar las sagradas puertas el cónsul Æmilius Paulus, por su propia mano. Isis y Serapis no tardaron en volver del ostracismo. Los desórdenes é inmoralidades de las bacanales provocaron medidas de rigor, restrictivas del peligroso vuelo que tomaban para la república las asociaciones de Baco. Pero el Senado se apresura á declarar que el culto de Baco es perfectamente legal, ejercido dentro ciertas limitaciones.

En ocasiones posteriores, á consecuencia de hechos políticos promovidos por algunos cultos extranjeros, adoptáronse por el poder medidas prohibitivas, mas nunca obtuvieron carácter permanente. Los religionarios expulsados ó perseguidos volvian luego á la práctica de sus ritos. La tolerancia, la libertad religiosa estaba íntimamente establecida en Roma. Pocos años despues de expulsados de Roma los judíos por Claudio, se hallaban en número mas crecido que antes en aquella capital. La expulsion era mas aparente que efectiva, pues como dice un historiador muchos judíos salian por una puerta y entraban por otra, lo que arguye cierta indiferencia de parte de los agentes imperiales, y en consecuencia, de parte del imperio para sostener las medidas dictadas.

No sucedió así respecto á los cristianos. Los dictados de *secta detestable*, de *raza dañina al género humano*, de *gente extirpable* eran inusitados, jamás se aplicaron á ninguna de las sectas, ni en el período en que contrariaron con mas ó menos éxito y en mayor ó menor escala la marcha de la república ó del imperio. Hasta los partidarios del druidismo, religion bárbara y sangrienta, cuyos sacrificios eran víctimas humanas, obtuvieron el respeto de Roma por sus doctrinas y prácticas religiosas. Claudio y Neron los persiguieron como á conspiradores peligrosos, no como á sectarios. Hirieron, no lo que estaba en el altar drúida, sino lo que los drúidas proyectaban y concertaban detrás del altar.

Para el Cristianismo estaba reservado el anatema religioso del imperio. El espíritu de tolerancia de Roma pagana no pudo resistir la atmosfera de virtudes que iba formando la Iglesia católica, ya en su origen. Los demás cultos eran juguetes y perspectivas nada temibles para la causa de los ídolos, incluso el judaismo, que el imperio habia conseguido corromper con medidas político-administrativas. El pueblo que danzó alrededor de un *becerro de oro* en las estribaciones del Sinaí, era bastante ductil para subirse un dia hasta al Capitolio á ofrecer de mancomun con los romanos un sacrificio solemne á los dioses del paganismo. De todas suertes y en último término, aunque persistieran los judíos en su antigua fe, habian perdido la integridad moral. La corrupcion habia penetrado hasta lo mas recóndito del templo, cuyas solemnidades no agradaban ya á Jehová, porque mezclado al olor puro del incienso se sentia la hediondez de la concupiscencia general. La religiosidad judaica nada oponia que fuese bastante viril para dar cuenta de las afeminaciones paganas.

En los albores de la primera aparicion del Cristianismo en Roma ninguna gravedad presentó el Cristianismo para el imperio. Los alborotos del barrio trastiberino en tiempo de Claudio no revelaban otra cosa á los profanos ojos que disidencias domésticas en la casa Judá. ¿Tratábase de una nueva escision de tribus! ¿Iba á surgir un nuevo Israel de los mútuos escombros de Israel y de Judá? Esto creian los romanos que con mas ó menos atencion seguian el curso religioso oriental. Los cristianos judaizantes aspiraban únicamente á ello. En tal caso el imperio solo debia atender á la conservacion del orden. La expulsion de ambos contendientes por Claudio obedeció á este criterio.

Pero en tiempo de Neron el Cristianismo habia tomado forma mas perceptible á los mismos paganos; del fondo de la doctrina, demasiado teológica para ser comprendida por el criterio idolátrico, surgia, marcábase ya una moral perfectamente distinta, oposicion completa á todo cuanto formaba y constituia la base de las costumbres de la civilizacion romana.

Á los pensadores de aquella situacion no les pareció despreciable la nueva tendencia, que contenia el gérmen de una reforma trascendental.

Los epicúreos veian en el cristiano la mas acabada condena de los desórdenes sensualistas, del insaciable afan de gozar, de la cobarde pavura ante la mortificacion y ante la muerte. Los estoicos admiraban en el cristiano un valor moral que escedia inmensamente su fingida impavidez, una serenidad de alma que revelaba indiscutible superioridad de esperanza. La superioridad del Cristianismo respecto al epicureismo es comparable á la del alma sobre el cuerpo; respecto al estoicismo lo es á la de toda alma ayudada por la gracia divina,

sobre un solo sentimiento del alma sumergida en tinieblas humanas. La grandeza del estóico consistía solo en un sentimiento mal definido de dignidad.

El Cristianismo apareció ostentando la rehabilitación de toda el alma, y por consiguiente, la sujeción de toda la materia. Al conocerlo aquel mundo materializado comprendió cuánto podía temer del desarrollo de la nueva religión. Ninguna pasión entonces dominante, ningún vicio social pudo abrigar esperanza alguna; el Cristianismo ni mendigaba alianza con las inmoralidades favorecidas, ni ofrecía cuartel á las corrupciones entronizadas. Aparecía con un código severo, puro, practicable en la mano, y declaraba guerra de exterminio en el terreno moral á todo lo que afectara la santa integridad de su ley, única capaz de purificar la viciadísima atmósfera que respiraba el género humano. Por esto fue declarado *enemigo del género humano* el Cristianismo; porque en efecto, venía á constituir las bases, todas las bases de su vigente constitución, á trocar en apreciaciones de oprobio los gloriosos calificativos de sus característicos hechos y á dar una nueva y diametralmente opuesta dirección á la nave social.

Los cristianos de aquellos días se presentaron con ruda franqueza llevando escritos en su bandera el símbolo íntegro de su fe y el programa claro de sus aspiraciones. Obtener la soberanía del alma sobre la materia, y de JESUCRISTO sobre la sociedad, era á todo lo que aspiraban, bien que no era poco.

Comprendían la posición que ocupaban en aquel orden de cosas y sabían que la Providencia, que todo lo dispone suavemente, no les concedería al momento la realización de su bello ideal; por esto no se mostraban impacientes. Hombres de fe, sabían que el triunfo había de venir, y que á ellos solo tocaba prepararlo. Así se explica la santa calma inseparable de aquellos espíritus de fuego; la impavidez de aquellas almas impetuosas, que elaboraban en medio de envidiable paz la trascendental revolución del imperio y del universo.

Reformáronse ante todo á sí mismos para tener menos que reformar luego. «La vida de los cristianos en aquel tiempo formaba con la de los paganos un contraste de que estos no podían dejar de sorprenderse. Anhelosos de conservar la castidad, ostentaban costumbres puras al través del inaudito desborde del libertinaje... Mientras los epicúreos de Roma pasaban las noches en festines bulliciosos y exquisitos, libando, coronados de rosas, la copa de deleites sin tasa, sumidos en los más degradantes excesos, el discípulo de CRISTO tomaba su modesta comida en silenciosa morada, ó partía su pan en el banquete de la caridad, que llamaba su *agapa*, y con frecuencia expiaba con el ayuno los excesos ajenos. En aquella ciudad, donde la diversidad y multiplicación de espectáculos eran necesidad imperiosa, cuyo pueblo-rey decía á sus señores: *Panem et circenses*, los cristianos estaban retraídos absolutamente, porque veían en aquellas expansiones un agravio á la Religión, á las costumbres, á la humanidad; y si aparecían en el anfiteatro, eran condenados á representar en él un papel sangriento. En resumen, en medio de una turba sensual, fastuosa, desarreglada, que no respiraba sino en el goce, veíaseles penitentes, sencillos, austeros, renunciando á los placeres mundanos, cumpliendo estas palabras del Maestro divino: *El mundo reirá, vosotros seréis entristecidos*, porque contaban con esta promesa: *pero vuestra tristeza se trocará en gozo* (1).»

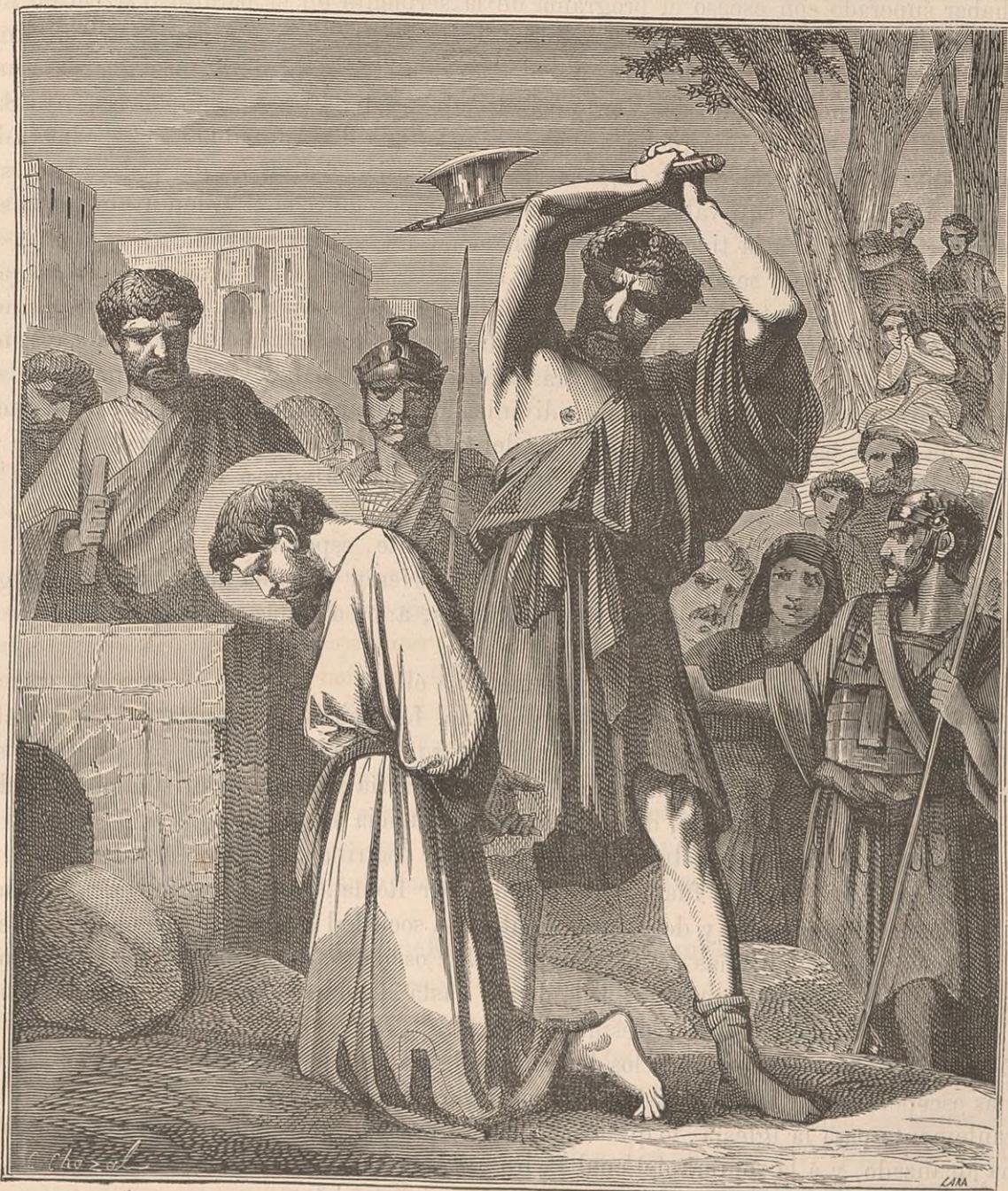
La austeridad de carácter, la maceración de la carne, la renuncia de la gloria terrenal eran los puntos culminantes de oposición á la crápula progresiva, al sensualismo insaciable, á la ambición febril bogantes en el género humano. En este sentido los cristianos eran los enemigos del género humano; y el género humano, entregado á la *concupiscencia de los ojos*, á la *concupiscencia de la carne* y á la *vanidad de la vida*, según fraseología de Pablo, estaba en razón llamándoseles *secta execrable*.

No, no podía concebirse nada más execrable, nada que igualase en execrabilidad para Roma al espectáculo de aquella sociedad naciente, que no se movía, ni ante los laureles de las conquistas, ni ante los atractivos de los festines, ni ante los halagos del poder. Cadáve-

(1) El doctor Greppo, *Memor. sobre la hist. ecles.*

res, muertos á todo cuanto constituia la vida bulliciosa y batallona de aquel pueblo, eran los cristianos parásitos voluntarios, hombres sepultados durante su existencia, ciudadanos de una Roma excelsa, que fundaban en la inmortalidad eterna la gloria que los romanos del imperio pretendian conseguir en una inmortalidad precedera.

Solo un heroismo excepcional podia hacerles superar las dificultades amontonadas en el camino de su triunfo. La virtud ordinaria hubiera sido insuficiente para llegar á dominar el



MARTIRIO DE SAN PABLO.

mundo desde las alturas del Capitolio, inexpugnable fortaleza de las antiguas depravaciones guardada y defendida por las águilas, que dominaban al universo, y por los dioses, que regian sobre las conciencias. Legiones de guerreros y sacerdotes disciplinados para resistir el asalto de las aras, que santificaban las inmoralidades vigentes, permanecian armadas con la fuerza material y con la influencia moral, apoyadas por la elocuencia tribunicia y forense, en actitud pavorosa contra la introduccion del elemento evangélico en aquel templo, donde todo podia ser adorado menos el Dios solo adorable. Aquel era el templo de la gloria del hombre, el

secreto de cuya conservacion estribaba en impedir que entrara un dia la gloria del Dios verdadero. Aquel era el *capitolio*, la *corona* de la humanidad, únicamente de la humanidad; allí la humanidad se ostentaba con toda la grandeza de su orgullo y poderío, precisamente porque encontraba la sancion de su superioridad sobre lo divino.

El derecho supremo del pueblo y del Senado romanos consistia en decretar nuevas divinidades. ¡Hacer dioses! ¡decretar divinidades! era simplemente, no solo haber llegado, sino haber superado con exceso el programa de la serpiente en el paraíso. Luzbel no habia propuesto tanto á Adán en la hora de la obcecacion. Los decretos del Senado, genitores de nuevos dioses, eran el mas solemne insulto al Padre de la eternidad, el mas absurdo remedo del sublime y divino engendro del Verbo por el Padre, y de la produccion del Espíritu Santo por el Padre y por el Verbo. Aquella usurpacion insensata de las atribuciones divinas, de la economía divina, de las relaciones divinas, de las procesiones divinas, del poder, de la sabiduría, del amor divinos equivalian á la negacion suprema de todo el órden divino, á la sujecion completa del cielo á la tierra, á la entronizacion del hombre sobre Dios.

Los cristianos, pues, sencillos, modestos, retraidos, ajenos á las intrigas políticas, á los devaneos sociales, no contando con el oro, ni con la ciencia filosófica, ni con el apasionamiento de las masas, pocos en relacion de las muchedumbres obcecadas, débiles comparativamente al poder dominante, debian asaltar, sin otras armas que su palabra y sus sacrificios, el alcázar del orgullo divinizado, sí, realmente divinizado; debian dar el Capitolio á JESUCRISTO. Y en vez de ganar terreno en el monte de los delirios de las humanas concupiscencias lo perdian; en vez de salir por las alturas de Júpiter, eran precipitados á los antros de las Catacumbas.

Humanamente perdian, eran rechazados; no obstante, esperaban.

Roma, al conocer el Cristianismo, pues antes de Neron lo habia desconocido, le negó lo que habia concedido á las sectas mas extravagantes, á los drúidas mismos, el derecho á la profesion de su fe.

La libertad de cultos se estendia á todos menos á él.

Es preciso dejar esto perfectamente consignado. La sociedad romana no tenia derecho á reclamar nada del imperio el dia de su triunfo; porque en el período de los combates se lo habia negado todo. La intolerancia absoluta de la idolatría ponía á los cristianos en el derecho, humanamente discurriendo, de obtener la intolerancia absoluta de la fe. Tres siglos duraron las proscripciones de nuestros ritos, de nuestras doctrinas, hasta de nuestra moral. Los príncipes de nuestra Religion fueron martirizados por Roma; nuestros primitivos hermanos en la fe sirvieron de juguete y de esparcimiento á la sociedad gentil; se nos obligó á orar, á vivir y á morir en las entrañas de la tierra, á la luz oscilante de las lámparas, en la atmósfera asfixiante de la tierra removida; allí, donde hasta el incienso que ofrecíamos á Dios dificultaba mas la libertad de nuestra respiracion.

El Cristianismo nada heredó de los derechos religiosos por el gentilismo otorgados, y salvo algunas escepciones en toda la historia de los siglos redimidos la libertad de cultos ha sido constantemente para la Iglesia, lo que bajo aquellos paganos emperadores, un derecho que no nos ha alcanzado, y á la sombra del cual Pedro y Pablo han venido siendo crucificados y decapitados en las personas de sus dignos y legítimos representantes.

## XXX.

Fin del imperio de Neron.—Últimos episodios de su reinado.—Su fuga, su muerte.

Al regresar de la Grecia Neron pudo apercibirse de que Roma sentía la pesadumbre de una dominación antipática. No en vano se desdeña por sistema la dignidad de un pueblo y hasta en sociedades tan imperfectamente constituidas en la moral como la romana, alcanza límites el abuso del poder. El endiosamiento de Neron redujo á condición mas vil que la de los esclavos á todos los ciudadanos. La opinión pública reclamaba, pues, con justicia una completa emancipación.

La conjuración contra el imperio se hizo casi unánime. No hubo necesidad de conjurarse; el pueblo entero, la nobleza, la milicia estaban perfectamente de acuerdo sobre la urgencia del destronamiento. Los decretos de la convicción general los escribía el pueblo en las paredes de los edificios públicos, en los pórticos mismos del palacio.

Por donde quiera leíanse recuerdos de los crímenes de que se hallaba salpicada la historia de aquel ominoso gobierno. Un dístico elegantemente escrito en uno de los arcos de sus jardines, decía:

*Quis negat Eneæ magna de stirpe Nerone?  
Sustulit hic matrem, sustulit ille patrem.*

En el teatro, el histrion Datus, al pronunciar estas palabras de un poeta griego: «Salud, padre mio; madre mia, salve,» volvióse hácia el Príncipe haciendo como quien bebía y nadaba, aludiendo al veneno que propinó á Claudio y al naufragio á que condenó á Agrippina; y dirigiéndose despues á los senadores: *Orcus vobis ducit pedes*, dijo. Los cortesanos hablaban con mas débil acento de la popularidad de su Príncipe, á cuyos oídos dejaban llegar algunas frases de desconfianza. Jamás ha sido tan vehemente y justamente deseada por un pueblo la libertad como en aquellos días Roma oprimida y degradada lo era.

Habia la seguridad de que se aproximaban grandes sucesos, de que iba á terminar la opresión duradera, lo incierto era por qué lado vendría la emancipación.

Las legiones de la Galia dieron la señal, bajo el consulado de Silius Italicus y Galerius Trachulus.

Julius Vindex, gobernador de la Galia, lamentaba las humillaciones de la sociedad romana y juró emplear los poderosos elementos de que disponía para cumplir los votos unánimes de sus conciudadanos. Conociendo el descontento de sus soldados, reunió á los jefes mas caracterizados y les habló en estos términos: «Es preciso sacudir de una vez el yugo de Ænobarbus; yo le he visto cantar y tocar instrumentos en público, representar personajes trágicos y cómicos en el teatro, correr en la arena con los cocheros de profesión. Es profanar los sagrados nombres de César y Augusto aplicarlos á semejante hombre. Los de Atreo, Edipo, Alameon, Oreste le sientan mejor, puesto que él mismo los escoge y prefiere. No es ya un emperador, es un juglar, un asesino. Obedecerle un día mas equivale á deshonorarnos. Ha sonado la hora de vengar á Roma y de vengarnos á nosotros mismos; demos la libertad al universo.»

Un aplauso unánime acogió sus palabras; cien mil hombres se declararon emancipados del cetro neroniano en aquel mismo día.

Vindex no aspiraba al imperio, de ahí que presentara por candidato á la soberanía á Servius Sulpicius Galba, varon septuagenario, general distinguido en las campañas de la Germania bajo Calígula, y en las de África bajo Claudio, que ejercía modestamente el gobierno de la España tarraconense, ajeno á las miras que sobre él concebían sus camaradas.

Galba vaciló algun tiempo. El peso del imperio le aterrorizaba, aunque le era insufrible el yugo del tirano; no obstante, desde que conoció el pronunciamiento de las legiones galas, concedió lata impunidad á los detractores de Neron. Germinaron en España los folletos, caricaturas é inscripciones que ridiculizaban la vida de Ænobarbus. Vindex se puso de acuerdo con Othon, gobernador de la Lusitania, para impetrar el consentimiento de Galba, quien al saber la decision de los dos ejércitos reunió en Cartagena los diputados de su provincia. El parecer fue unánime. Los bustos de los principales ciudadanos sacrificados por Neron, ostentados por las legiones al pueblo, encendieron el encono de las masas. Las desgracias sufridas por la patria comun eran elocuentemente reseñadas y contadas. Las masas proclamaron emperador á Galba, pero este replicó: «No, yo no quiero ser sino el lugarteniente del Senado y del pueblo romano.»

La insurreccion triunfante proseguia su marcha próspera.

Neron tuvo conocimiento de aquellos sucesos en Nápoles, mientras celebraba cínicamente con fiestas y juegos el aniversario de la muerte de su madre Agrippina. En un principio despreció el movimiento. «Peor para Vindex,» exclamó, y continuó divirtiéndose. Al enterarse de las proclamas y documentos de los insurrectos, Neron se dolió al verse tratado de ridículo comediante y mediano cantor. Su reputacion artística le preocupaba sobre su propia honradez y su infamia política.

Al regresar á Roma recibió una diputacion del Senado, á la que apenas habló de los acontecimientos; mostróles unos órganos hidráulicos perfeccionados que «tocaré en el teatro, dijo, con el beneplácito de Vindex.»

Mas al saber que Galba se habia adherido al movimiento trocó el desden en furia. «Yo asigno diez millones de sextercios al que me presente la cabeza de Galba,» gritó enloquecido.

Cuando vino en conocimiento de que las legiones de España hacian causa comun con sus enemigos, derribó de un empujon la mesa en que comia, rasgó la carta del emisario y quebró dos preciosas copas. Entre los ridículos preparativos de fuga que ordenó fue preferente el embalaje de sus instrumentos músicos y de sus trajes teatrales. Hizo disfrazar sus mujeres, y discutia con sus criados sobre el mejor plan de resistencia. Cruzó por su mente fogosa la idea de condenar á muerte á todo el Senado, pegar fuego á Roma y soltar sobre la ciudad las fieras del anfiteatro; lo menos que exigia era el degüello de todos los galos que se encontraban en Roma.

A cada momento llegaban mensajeros anunciando la defeccion de nuevos gobiernos y de nuevas provincias. Solo resistia Virginius Rufus, comandante de las legiones de la alta Germania.

No era partidario del sistema de Neron, no le era simpático su repugnante proceder, pero profesaba la recta y moral doctrina de que los soldados no debian deponer ni entronizar los soberanos. «Solo el pueblo y el Senado tienen el derecho, decia, de dar un sucesor al César.»

Sensato criterio que deberian seguir los ejércitos contemporáneos. Léjos de coaligarse con Vindex, dirigióse á su encuentro para combatirle. Vindex le esperó en Besanzon.

Mas antes de empezar la batalla Vindex conferenció con Rufus, esponiéndole las tropelias, los crímenes, las infamias de Neron. Mostróle las heridas abiertas á la patria. La sangre de indefensos y probos ciudadanos vertida sin piedad, el oprobio moral manchando el rostro de Roma ante las naciones. Expresóle los votos universales reclamando la emancipacion de un yugo insoportable, y tan elocuente estuvo, que Rufus dió un abrazo á Vindex. Determinóse hacer juntos su entrada en Besanzon; cuando hé ahí que la rivalidad existente entre ambos ejércitos produjo una sangrienta colision, de la que fueron víctimas diez mil legionarios. Vindex se suicidó de pena; Rufus, creyendo aquel hecho castigo de los dioses por la infidelidad consentida, neutralizó su ejército y se resistió á combatir por Galba.

La causa de los coaligados hubiera sucumbido de resultas de aquel grave incidente si no hubiera sido la causa de Roma.

Nada, empero, era capaz de detener el estandarte de Galba.

En el entre tanto Neron exhibia la negacion de su genio político y militar. Trató de reunir un ejército de resistencia, aunque no tenia á su alrededor sino menguados danzantes y músicos; trató de retirarse en medio de los partos continuando en menor escala la historia de su vastísimo imperio; trató de entusiasmar al pueblo dándole un espectáculo de canto; trató de dimitir su poder y reducirse al oficio de histrion ambulante, y fraguando este proyecto vino en conocimiento de que los soldados de Galba se hallaban casi á las puertas del Capitolio.

Precipitadamente llamó á los centuriones de la guardia imperial para suplicarles la defensa de Roma, y contestándole que era imposible, conjuróles á acompañarle en la fuga, defendiendo su persona, á cuya pretension contestóle uno con este verso de Virgilio:

*Usque adeone mori miserum est?*

Roma, al paso que se sentia libre, daba vuelo á la manifestacion de sus sentimientos. Compacta muchedumbre se dirigia precipitadamente sobre el Foro, vociferando pavorosos denuestos contra el Júpiter caído. Agitando antorchas y banderas proclamaba la destitucion de Ænobarbus y la liberacion del imperio.

Inferior á la mas insignificante contrariedad, el Príncipe destronado despidió varios esclavos en súplica de proteccion á algunos amigos de la hora de sus prosperidades.

Pero Tigelino, el inspirador de muchas de sus infamias, el instigador de la muerte de Burrhus, de Séneca, de otros varones probos, el coautor del incendio de Roma y de las crueldades contra los cristianos, Tigelino, el ministro odioso y aborrecido, mercadeaba la proteccion de los emisarios de Galba. Fue preciso abandonar precipitadamente la ciudad, escenario de sus barbaridades y sacrilegios, porque ya Nymphidius, otro de sus serviles aduladores, acababa de prometer á los pretorianos un *donativum* de 30,000 sextercios por plaza en premio de su adhesion al nuevo príncipe.

En uno de los arranques de cólera habló de precipitarse al Tiber, mas prevaleció en él el proyecto de fuga. Phaon le ofreció por asilo un retirado casucho que poseia en las cercanías de Roma, Neron aceptó, no sin haber llamado antes á su gladiador favorito Spiculus para que le atravesara con su espada. Spiculus rehusó, y el desgraciado Príncipe dijo enojado: «¡Es que no tengo yo amigos ni enemigos!»

Montado en pobre corcel, vestido con sencilla túnica, cubierto rostro y cuerpo con viejo manto, dirigióse á la quinta de Phaon seguido de tres ó cuatro personas. En el corto trayecto acontecieron episodios suscitados visiblemente por la mano de Dios para amargar los últimos momentos de aquella criminal vida. Un ligero terremoto se sintió pronunciadamente, un relámpago hizo vibrar una nube siniestra al fijar en ella Neron los ojos. Desde el sendero tortuoso que seguia la alborotada comitiva oíanse los mugidos de la muchedumbre romana vociferando contra Ænobarbus, ridiculizando sus cantos, sus comedias, sus farsas, fulminando anatemas contra sus crueldades. Los nombres de Germanicus y Agrippina eran evocados con respeto. Un viandante detuvo el corcel de uno de los del séquito para preguntarle: «Por fin, ¿murió ya el infame?» «Así lo creemos,» contestó el detenido. Otro dijo: «Hé ahí emisarios que van en busca de Neron.» Devorado por la sed bebió un poco de agua fangosa de un charco recogida en la palma de la mano. Llegado á la casa de su protector en aquella desventura, resistióse á entrar por la puerta para no ser descubierto; hubo de practicarse un agujero en un lienzo de muro, al que no pudo llegar sino traspasando horribles malezas.

Constituido, en fin, en su asilo inseguro, hubo de oír como sus acompañantes le proponian el darse voluntariamente la muerte. «Sí, contestó, es para mí una deshonra el continuar viviendo.» Mas luego añadió: «Y ¡á qué morir! Nunca es tan necesaria la presencia de ánimo como en las graves circunstancias; ¡aliento!» Y repetia algunos versos griegos, sobre todo uno de CEdipo que dice: «Mi esposa, mi padre, mi madre me ordenan morir.»

Comprendiendo que se acercaba el desenlace de aquellos trágicos sucesos, prorumpió en cobarde llanto, interrumpido por esta vanidosa exclamación: «¡Morir yo! ¡no conseguir piedad el gran artista del mundo!»

En medio de estos coloquios se le notificó que el Senado en pleno acababa de pronunciar su destitución; ordenando que si fuera habido se le aplicara el suplicio reservado por las antiguas leyes romanas á los traidores á la patria.

«¿En qué consiste este suplicio?» preguntó.

Y le fue contestado: «En colocar la cabeza del traidor en una horca formada por dos ramas de un árbol y apalearle hasta que muera.»

«Muramos mas á gusto,» prosiguió, no sin expresar el deseo de que antes uno de los asistentes se diera la muerte para aprender á morir; para cuya lección no encontró maestro. Ya los emisarios de Galba exploraban los alrededores de la mansión, cuando el iluso fugitivo, tomando un afilado puñal, lo fijó en su garganta, sin valor para darse el golpe fatal; entonces su secretario Epaphrodita se lo hundió vigorosamente. Bañado en sangre, revolviéndose en los horrores de la agonía, llegó el centurion enviado por el Senado para prenderle, al verle entrar, Neron dijo esta última palabra: «¿Esta es la fidelidad que me debias?»

Y el mundo se sintió libre del peso de aquella abrumadora existencia.

Así murió el gran perseguidor del Cristianismo.

### XXXI.

#### Pontificado de Lino.—Imperio de Galba, Othon y Vitelio.

En el período de dos años Roma habia cambiado de soberanos. Decimos *soberanos*, porque, en efecto, desde el establecimiento de Pedro en la capital del mundo, ejercia desde ella por toda la estension del universo una verdadera é ilustre soberanía, mas estensa, mas elevada y mas profunda que la ejercida por los césares. No quedó huérfana la naciente Iglesia al morir Pedro, sino que el cetro de las almas, que era entonces nudosa cruz, fue empuñado sin aplazamiento por Lino.

Lino era uno de los mas celosos y adictos discípulos de los Apóstoles. Convertido por Pedro á la edad de veinte y dos años, en el 50 de la Redención mereció los elogios de Pablo, de quien era amigo y admirador. En la segunda carta á Timoteo, el Apóstol de las gentes consigna su nombre como el de uno de los que tenian con él cordial intimidad.

La antigua ciudad de Volterra, situada en territorio de Pisa, cuyas ruinas etruscas aun hoy llaman la atención de los anticuarios, tuvo el privilegio de albergar su cuna. Vástago fue de ilustre y distinguida familia, de la que se glorian hoy de descender las casas de Moritina, en Venecia, y de Marigia, en Milan.

Lino, hijo de Herculano, vino á Roma para perfeccionar sus estudios, ávido quizá de emprender una rápida carrera en las armas ó en el Foro, pues le daban garantías de éxito el influjo de su familia y sus propios talentos. Las relaciones que contrajo con Pedro, recién llegado tambien á Roma, abrieron á sus miradas un horizonte inesperado. Pudo estudiar una legislación diferente de la del Foro, en la cual sin duda se propusiera brillar. El Cristianismo, que le fue explicado por su supremo maestro y pontífice, satisfizo su inteligencia despejada, encontrando reposo su corazón en la santidad de la pura moral que del Evangelio fluye.

Asociado cordialmente á la obra apostólica, hizo devoto colaborador del Evangelio, el cual fue enviado á anunciar, segun los antiguos analistas, al Franco-Condado, estableciendo su principal cátedra en Besanzon (Vesontio). Pretenden algunos que Pedro lo eligió como á su inmediato coadjutor algunos años antes de su martirio. Lo indudable es que su entronización al pontificado fue tan suave, que el tránsito de las llaves á sus manos no produjo en la

cristiandad ni la mas leve sacudida. La sabiduría de Pedro lo habia todo previsto, todo preparado, y el excelente espíritu de sujecion y de disciplina de la cristiandad aceptó el legado de la autoridad, y acató las disposiciones del Príncipe de los Apóstoles, que no podian ser sino disposiciones de discrecion y de cariño.

Discuten los cronologistas sobre la duracion del pontificado de Lino, sosteniendo unos que á los catorce meses y dos dias de elevado á la altísima dignidad pontificia fue víctima de la persecucion neroniana; pero generalmente es reconocido un período de once años á su gobierno.

Mientras la Iglesia bendecia la nueva mano que empuñaba su timon, el revuelto imperio entronizaba y casi simultáneamente asesinaba tres emperadores.

Poco diremos de Galba, Othon y Vitelius, porque su tránsito por el trono de los césares no dió lugar á ninguna peripecia, á ninguna vicisitud notable en la historia de la Iglesia.

De cuarenta y dos príncipes habidos por la familia de César, por adopcion ó por nacimiento, treinta y dos habian perecido de muerte violenta; testimonio incontrovertible de lo poco apacibles que eran en aquella sociedad las regiones de la soberanía.

Hasta la muerte de Neron el ejército pretoriano se habia atribuido exclusivamente el derecho de imponer nuevo emperador á los demás ejércitos romanos. El ejército de la Galia vino á interrumpir el uso de aquel odioso privilegio, abriendo así nueva puerta al asesinato y á los crímenes de lesa majestad.

Áspera se le presentó á Galba la subida al Capitolio. Ya en su viaje pudo saborear las amarguras del imperio. Antes de tomar posesion del trono de los césares supo que Nymphidius conspiraba para ocuparlo. Por fortuna sus agentes previnieron el golpe, y antes que se presentara al campo de los pretorianos, para decidirles á su proclamacion, los adictos á Galba les habian ya arengado. Al presentarse Nymphidius, acompañado de varios amigos, rodeado de antorchas fue recibido al grito de «viva Galba;» «viva Galba,» contestó viéndose perdido Nymphidius. Mas la estratagema no le salvó la vida. Perdióla el conspirador, y con ella perdió Roma «el curioso espectáculo que hubiera disfrutado viendo bajo la púrpura de Augusto á Nymphidius, hijo bastardo de una prostituta y de un gladiador (1).»

Galba proseguia entre tanto lentamente su viaje dejando á su paso un reguero de sangre. Imponia tributos cuantiosos á las ciudades que habian vacilado á proclamarle, y si fueron muy racaleitrantes, decretaba el derribo de sus murallas y la confiscacion de sus réditos, así las rentas de Lion se consignaron á Viena. Condenó á muerte varios funcionarios sospechosos, y se desembarazó por medio del asesinato de algunos sugetos, que temia podrian serle funestos.

Por fin llegó á Roma, que le esperaba indiferente, no sin haber tenido que acuchillar á sus puertas á una legion de marinos, que le salió al paso con exigencias tumultuarias.

Decíase que el nuevo Emperador descendia por su padre de Júpiter y por su madre de Pasiphaë, la hija del Sol.

La atmósfera de Roma producía vértigo, tantas eran las pasiones que hervian, las intrigas que se tramaban, las indignidades que en todos sentidos se ponian en juego.

Galba creyó un momento en el prestigio de la virtud, esperando atraer por la severidad de su mando y la integridad de su política los ánimos fatigados de las estorsiones y caprichos del destronado Príncipe. Mas Senado y pueblo, al paso que se resignaron á admitir los hechos consumados, resistíanse á reconocer en aquel decrepito y achacoso anciano un descendiente de los dioses.

Por otra parte, las legiones del Rhin vitoreaban emperador á Capiton, las del África á Macer. Galba tuvo necesidad de subir al trono por sobre los cadáveres de sus dos rivales.

Los agentes que Galba escogió para llevar adelante su obra política, que se reducía á moralizar la administracion, no correspondieron á su confianza. Vinius y Lacon fueron bastante

(1) Champagny, *Rome et la Judée*.

depravados para acabar de corromper, si esto era posible, las regiones del poder. Pronto cundió el descrédito del nuevo gobierno. Las legiones de la alta y baja Germania determinaron emular con las de la Galia confeccionando su pronunciamiento. El candidato imperial del ejército del Rin fue Vitelio, proclamado César en Colonia.

Galba se apresuró á dotar el trono de un heredero; presentóse al Senado para notificar á los padres de la patria que, «pudiendo elegir por sucesor á un individuo de la familia, habia preferido escogerlo entre los hijos predilectos de la república; como quiera que reputaba engañosos los resplandores de la cuna; pudiendo elegir un general, adoptaba un ciudadano.» Este ciudadano era C. Pison, hermano de la víctima de Neron, uno de los mas irreprochables patricios de Roma. Aquel homenaje espontáneo al Senado llevaba impreso el sello del mas ortodoxo republicanismo. Pero aquella sociedad no escrupulizaba en cuestiones de ortodoxia.

En el entre tanto Othon, el primer marido de Poppæa, llegó á Roma resuelto á sentarse en el trono. A los cuatro dias de su llegada tenia tramado perfectamente un complot militar. Mientras Galba ofrecia á Júpiter un sacrificio solemne, veinte y tres soldados reunidos al pié de la piedra miliar exclamaron: «¡Othon, César!» La estatua de Galba cayó derribada á los piés de los amotinados, y Othon, subido á su pedestal, arengó á la soldadesca prometiéndoles un *donativum*.

Todavía Galba y Pison permanecian en el Senado cuando ya las legiones habian abandonado sus enseñas.

Galba quiso morir como soldado; dirigióse en lujosa litera á las turbas alborotadas, de en medio de las cuales salian todavía algunos gritos de «Galba, César,» dominados por los de «César, Othon. «En aquellos criticos momentos llega Othon, dispersa al pueblo, y Galba, Pison y algun raro adicto quedan abandonados en medio de soldados enemigos. Un soldado de Galba permanecia solo, armado con un palo, en defensa del Emperador y del imperio. Aquel heróico representante del honor cayó mortalmente herido; entonces Galba, sacando la cabeza por la portezuela de su litera: «Herid, dijo, si ha de ser en bien del imperio.» Su cabeza y la de Pison rodaron por el suelo y fueron paseadas por Roma.

Othon reinó.

Pero Vitelius estaba allí para usurparle el usurpado mando.

En verdad es dudoso quién era mas indigno de llamarse César, si Othon, que habia cedido á Neron su primera esposa, ó Vitelio, que le habia aconsejado aparecer en el teatro. Ambos estaban perdidos y desacreditados por dilapidaciones y deudas, con la sola diferencia que Othon gastaba en libertinaje lo que Vitelio en glotonería. Cada uno habia adoptado un pecado capital por base de su conducta. Entablaron mútua negociacion para comprarse respectivamente la soberanía, y no pudiendo llegar á un acuerdo, enviáronse mútuamente asesinos.

Hubo necesidad de batirse los ejércitos respectivos. No detallaremos las batallas libradas para satisfacer el orgullo y la ambicion de dos capitanes. Othonianos y vitelianos libraron reñido combate en las orillas del Adigio y del Pó, entre Verona y Cremona.

Las legiones de Othon eran mas brillantes, pero menos aguerridas; las de Vitelio, acostumbradas á guerrear, eran mas impetuosas, mas inteligentes, llegaban mas serenas á la accion. La batalla de Bedriac será siempre uno de los episodios mas sangrientos de la historia militar. Othon fue vencido. A la mañana siguiente algunos de sus generales, no rendidos en Bedriac, querian probar fortuna; Othon se suicidó para evitar inútiles desgracias á sus defensores.

Roma vió llegar á Vitelio cuando esperaba á Othon.

Mejor que entrada triunfal pareció un verdadero asalto la llegada de los soldados germanos á la ciudad de los Césares. Apenas pudo conseguirse que las legiones entraran en órden. Aquel torrente de guerreros desbordóse por las calles, invadiendo templos, palacios y casas. Colisiones á muerte se multiplicaban en las plazas y en los edificios públicos.

Vitelio no se cuidó sino de satisfacer su apetito gastronómico. «En pocos meses, dice Tá-



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*o signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.